

Ruanda: El largo camino hacia la democracia

Pierre Ruterana *

EL propósito de este trabajo no es contar otra vez las horribles masacres de Ruanda y Burundi de las que tanto nos han informado los medios de comunicación. Nuestra intención, aunque difícil, es revisar la historia de estas naciones para ver si hay elementos que permitan entender mejor los acontecimientos actuales. Por lo tanto, el lector tendrá claro que hay mucha diferencia entre la comprensión de los hechos y el juicio moral. La ventaja es que se juzgan hechos cuyo origen y motivos son ya conocidos, y así esperamos servir mejor a la justicia.

* Del Centre Nationale de Recherche de Francia. Profesor visitante en la Universidad de Barcelona.

Referencias históricas y étnicas

LOS Hutu, de origen Bantú son mayoritarios, con el 85 por 100 de la población, en Ruanda y en Burundi. Los Tutsi, de origen Hamita representan el 14 por 100 y el 1 por 100 restante corresponde a los Twa, los primeros habitantes del país. Los tres grupos hablan la misma lengua, ya que la diferencia entre el Kinyaruanda y el Kirundi es muy pequeña y se debe a la evolución regional.

La moderna interpretación de los intelectuales tutsi parte de la idea de que la distinción entre los grupos étnicos es una invención de la época colonial. Sin embargo, ningún hutu comparte esta opinión que no se corresponde con la realidad. El poder colonial, Alemania y después Bélgica, mantuvieron la estructura social y jerárquica que ya existía. Los Mwami (reyes tutsi) de Ruanda y de Burundi, con su corte y su estructura de jefes y subjefes tutsis, permanecieron como instrumentos de la administración colonial.

En los primeros tiempos, la Iglesia católica intentó convertir a los jefes y a sus hijos para que arrastraran al resto de la población, pero los misioneros no tuvieron éxito en este empeño. Por ello los primeros sacerdotes y religiosas fueron hutus. Los tutsis no tardaron en darse cuenta de que el saber sería sinónimo de poder en un futuro cercano y para ganar posiciones se pusieron a estudiar con energía. La Iglesia se encargó de su enseñanza y evangelización. A pesar de la ventaja que los hutu tenían en cuanto al número de sacerdotes y religiosas, el primer obispo ruandés fue tutsi.

También la administración belga, en 1929, puso en marcha la primera escuela secundaria para hijos de los jefes, en Butare al sur de Ruanda, con el objetivo de formar una elite administrativa local, y con más del 90 por 100 de las plazas reservadas a los hijos de los tutsis de Burundi y Ruanda.

Con el paso de los años, los misioneros y los funcionarios coloniales empezaron a darse cuenta de que el sistema estatal tutsi mantenía a la mayoría de la población en estado de esclavitud, a pesar de las razones oportunistas que les habían hecho favorecer a esta etnia desde principios de siglo.

Origen de la diferente evolución experimentada en Burundi y Ruanda durante los últimos treinta años

LA gran diferencia entre Ruanda y Burundi tiene su origen en la composición de la etnia tutsi que dirigía los dos países. Mientras que en Ruanda el rey y sus jefes pertenecían al mismo grupo o clan, en Burundi existía una gran rivalidad entre los clanes tutsis.

A lo largo de la historia, la monarquía tutsi de Burundi, por pertenecer al clan más minoritario, se apoyó en la población hutu a fin de conservar el trono. Para muchos hutus el Mwami era su verdadero rey y hasta el final del período colonial (1960) la población hutu apoyó al Mwami que les había prometido un reino constitucional. Pero en 1965, los militares tutsis, del clan mayoritario, consiguieron el poder después de un golpe de estado, asesinando a la elite hutu y cerrándoles toda posibilidad de acceso al poder.

Pero volvamos a la situación de Ruanda. Cuando consiguió la independencia en 1962, Ruanda, a diferencia de Burundi, ya había optado por constituirse en república. La mayoría hutu, apoyada por la administración belga, había conseguido en 1959, por medio de una revolución, expulsar de su administración a los tutsis. La mayoría de jefes tutsis y de sus familias atravesaron las fronteras con todas sus riquezas y se establecieron en Burundi, Uganda o Zaire, donde esta elite social, económica y política ha permanecido hasta hoy.

En Uganda, hasta el final de los años 70, los diferentes regímenes mantuvieron a los refugiados en campamentos bajo la protección de ACNUR. En los otros países, esta elite de refugiados alcanzó muy alto nivel social y ha conseguido puestos de dirigentes en círculos económicos y políticos. Más tarde, muchos refugiados se trasladaron a Europa donde ahora ejercen como médicos, profesores, y también como políticos y periodistas. Muchos han conseguido puestos de responsabilidad en diferentes organismos de la ONU y en importantes ONG que defienden los derechos humanos.

A lo largo de los años 70 y 80, los medios de comunicación europeos y americanos acogieron a muchos periodistas tutsis que fueron convertidos a su causa. Radio France Internacional (RFI) es un ejemplo ilustrati-

vo: tiene ahora cuatro periodistas tutsis en sus servicios informativos y es la radio de referencia para toda África francófona. Así, cuando el FPR lanzó el primer ataque en 1990, la RFI mantuvo durante todo el mes de octubre la noticia de que Kigali estaba a punto de caer aunque los rebeldes se habían quedado a más de cien kilómetros de la capital y además había fracasado desde los primeros días. Durante los últimos acontecimientos, la RFI dio el número de más de 500.000 muertos tutsi durante tres días de matanzas y la caída de Kigali en la primera semana.

El azar de la historia

EL holocausto actual de Ruanda tiene sus raíces en un azar de la historia: la estancia durante muchos años de los tutsis en los campos de refugiados de Uganda, incluyendo al actual presidente Museveni.

La imagen de Ruanda que tienen las generaciones más jóvenes la han recibido de sus padres y familiares refugiados. Han crecido con el sentimiento de odio, venganza y nostalgia por un país que no conocían. Por contra, los tutsis que se quedaron o que regresaron a Ruanda, consiguieron desarrollarse con éxito en muchas áreas tanto del sector público como del privado, a pesar de algunos momentos de tensión y explosión de odio racial. Y hasta el año 90, más del 70 por 100 del comercio e industria del país estaba en manos de tutsis y más del 30 por 100 de los estudiantes de la universidad nacional eran también tutsis.

En la época de los años 80, de bastante prosperidad en Ruanda, y coincidiendo con la expulsión de Uganda de 20.000 refugiados a causa de la guerra civil en ese país, sus dirigentes tuvieron ocasión, si no de poner fin al problema de los refugiados, sí al menos de empezar la búsqueda de una solución duradera. Aunque se permitió el regreso a quienes tenían familia en Ruanda, la postura oficial fue que no había sitio a causa de la superpoblación, cuando en realidad los refugiados no representaban ningún peligro para el país, ya que los ataques y matanzas de los años 60 habían sido olvidados y las etnias del interior del país estaban casi integradas.

Los seis años de guerra civil de Uganda fueron decisivos para la victoria del FPR. Museveni es hoy el presidente de Uganda gracias a los refugiados tutsis de Ruanda por pertenecer todos al mismo clan. Los coman-

dantes del ejército de Museveni fueron refugiados ruandeses y los jóvenes refugiados ruandeses participaron masivamente en esta guerra como núcleo del ejército. Cuando Kampala cayó en manos de Museveni, se puede decir que Uganda quedaba en manos del mismo clan tutsi. Paul Kagame, actual vicepresidente de Ruanda y jefe del ejército del FPR, fue Jefe de la Seguridad del Estado en Uganda.

Desde la perspectiva regional se llega a la misma conclusión: el conflicto ruandés es una lucha de poder que enfrenta a las culturas tutsi (hamita) y hutu (bantu).

Breve visión de los años de guerra

CUANDO en 1990, los rebeldes tutsis del FPR atacaron Ruanda, el FPR desarrolló con gran éxito una obra maestra del principio «lucha y negocia». El ataque, muy bien preparado, sólo fue superado por la campaña orquestada en los medios de comunicación internacional. Fue una campaña de difamación generalizada lanzada contra Ruanda, su presidente y contra la elite hutu. Fue conducida de manera tan sagaz que este país que, días antes del ataque era presentado como modelo de desarrollo honrado y de cohabitación armoniosa entre las diferentes etnias, pasó a ser calificado y reconocido como régimen dictatorial y asesino. El catolicismo del presidente fue tan subrayado, frente a los liberales anticlericales y a los socialistas, que estos grupos políticos forzaron al primer ministro belga Martens a cortar toda ayuda militar a Ruanda. Esta decisión fue tan tajante que incluso se canceló una compra de armas pagada ya por Ruanda antes del ataque.

Antes de 1990, Bélgica era el primer socio económico y militar de Ruanda. Durante los tres años de guerra Bélgica ayudó al FPR y forzó al gobierno de Ruanda a negociar.

Este rechazo de Bélgica al régimen de Habyarimana, hizo perder toda esperanza de un régimen democrático a los siete millones de ruandeses.

Los tres años de guerra dejaron el camino libre a los fanáticos de ambos lados para conducir a la sociedad ruandesa a un estado de descomposición total. La atmósfera política fue pervertida por la violencia verbal, los atentados, los asesinatos y la formación de milicias armadas por los partidos políticos. Radio Muhabura del FPR empezó en 1990 sus emisiones el primer día del ataque y constituyó el factor de división de la socie-

dad. Más tarde, en octubre de 1993, la Radio Mille Colinas de los extremistas hutus inició también sus emisiones. La televisión del país mostró imágenes de los asesinatos que tenían lugar en la zona controlada por el FPR.

Pero ni una imagen de eso llegó al extranjero. Cuando en 1992 visitó Ruanda una comisión encabezada por el francés Carbonare, no se hizo ninguna investigación en la zona controlada por el FPR. Un hecho dramático se estaba imponiendo a la población de Ruanda: al mundo, a la comunidad internacional, no les interesaba su problema. A cada ataque de la guerrilla del FPR, una muchedumbre de desplazados avanzaba hacia el interior del país huyendo de los rebeldes.

Estas personas se sentían abandonadas. Sus bienes eran tomados en seguida por gente que venía de Uganda, y nadie decía nada. En la primavera de 1993, el ataque de los rebeldes originó más de un millón de desplazados hacia el interior que fueron instalados en campos alrededor de la capital Kigali. Esta población no seguía las órdenes de las fuerzas gubernamentales: la gente sencilla siempre ha sabido lo que pasaba detrás de las líneas del FPR.

Presión internacional y división interna

DESPUÉS del error fatal de 1990 por parte de Bélgica, las grandes potencias internacionales han cometido otro error no menos grave: imponer los acuerdos de Arusha.

A partir de 1991, el régimen de Habyarimana había aceptado la formación de otros partidos políticos. Hasta entonces, la mayoría de los puestos administrativos eran feudo del clan del presidente Habyarimana. Al principio de esta experiencia democrática, los nuevos partidos de la oposición decidieron hacer la paz con el FPR en contra de la voluntad del ejército ruandés y del presidente Habyarimana. Se dieron cuenta demasiado tarde de que la paz sin condiciones se había vuelto contra la población hutu, a quien nadie había consultado.

La oposición utilizó las negociaciones de Arusha como arma contra Habyarimana y su antiguo partido el MRND, sin poder o querer obtener garantías para la población. Algunos puntos de estos acuerdos fueron conocidos por el pueblo después de su firma. Además, en un país como Ruanda en que únicamente hablan francés menos del 10 por 100 de la

población, la traducción del texto de los acuerdos al kinyarwanda se hizo después de la firma, siendo así que esos acuerdos debían reemplazar la antigua constitución.

Los acuerdos de Arusha recibieron el apoyo de las potencias extranjeras quizás porque eran obra de la oposición ruandesa que contaba con una hipotética mayoría democrática.

Imposición y resistencia a los acuerdos

PARA los que continuaban viviendo en Ruanda estos acuerdos significaban la ocupación pacífica del país por la etnia minoritaria tutsi. La resistencia nació primero dentro de las fuerzas armadas ruandesas, y se extendió después a los hutus de todos los partidos políticos, que los consideraban una traición. Hay que recordar que antes de que los acuerdos fueran firmados el primer ministro nombrado había sido ya expulsado de su partido por el consejo político y la asamblea general. Nada más firmarse los acuerdos todos los partidos de la oposición se dividieron entre los que estaban a favor o en contra de Arusha. Una pequeña parte de la oposición ha continuado defendiéndolos, pero la gran mayoría empezó a darse cuenta de que, centrándose en el MRND y en el presidente Habyarimana, había dejado a la población en una posición imposible. La falta de experiencia política y la ambición de poder a corto plazo de una parte de la oposición dejaron a la mayoría hutu en una inseguridad total. El caos de las semanas anteriores al asesinato del presidente procedía de una oposición creciente a los acuerdos de Arusha.

Sin tener en cuenta la realidad ruandesa ni tan siquiera la justificada aspiración democrática de la mayoría hutu, Bélgica y otros países europeos han continuado imponiendo los acuerdos. Así, los fanáticos de ambos lados encontraron un camino abierto para hacer lo que desde siempre tenían previsto:

Los hutu, el exterminio de la minoría tutsi. Los tutsi, conseguir el dominio total, con la sumisión o con el exterminio de una población mayoritaria pero excluida del proceso de decisión por la opinión internacional, en un país que consideran ofrecido a su etnia por Imana (Dios).

Conclusión

EN Ruanda hoy, no hay ganador. Todos han perdido durante esta horrible guerra. El FPR ha conseguido el poder por las armas e impuesto su gobierno en Kigali. Tenemos ya en Ruanda la misma situación que la que hemos vivido en Burundi durante los últimos 30 años.

Es posible que empiece ahora en Ruanda una guerra a largo plazo. Es muy difícil entender cómo después de más de 30 años de independencia, este país fuera tan fácilmente abandonado por la comunidad internacional a la buena voluntad del FPR y de Uganda, y que mientras tanto su población no haya tenido el derecho a decir ni una palabra.

Ahora no le queda nada. Está en los campos de refugiados. Tiene que elegir entre una muerte en campos de exterminio, o vivir en estado de *apartheid* como vive la etnia hutu en Burundi desde hace más de treinta años.

Pero ya no son esclavos los cuatro millones de personas que están en esos campamentos alrededor de Ruanda. Son aquellos mismos que fueron capaces de participar libremente en la construcción de un país que era la envidia de sus vecinos antes de 1990.

La lucha puede nacer de nuevo en la misma población. Si un día la población hutu consigue de nuevo el poder, desgraciadamente habrá perdido la creatividad, porque la elite social e intelectual ha sido asesinada. El largo camino de integración armoniosa entre las etnias fue abandonado de una manera brutal. La responsabilidad, muy grave, recae en los que han iniciado una guerra salvaje y difícil de justificar.

En la Ruanda de hoy todo ha sido masacrado: el hombre, su dignidad, sus valores y sus instituciones, y también el medio ambiente. Sólo quedan ruinas.

Unas preguntas

HOY vemos cómo la comunidad internacional acude a la reconstrucción de Ruanda donde está ausente su población que sigue muriendo en los campos de refugiados. Y un montón de preguntas nos vienen a la cabeza:

¿Por qué se ha forzado a un gobierno, pretendidamente representante de un 85 por 100 de la población, a negociar con un FPR tutsi y ahora no se dice nada cuando este mismo FPR y Uganda han conseguido todo el poder en Kigali expulsando a la población fuera del país?

¿Por qué todos estos años de negociación, con presión del Banco Mundial, de Bélgica, de la ONU (la misma que había organizado las elecciones de 1961 rechazando la dictadura minoritaria), si ahora se está forzando a esta población a volver sin condiciones, sin seguridad y sin derechos?

Antes de la guerra había menos de 600.000 refugiados en países alrededor de Ruanda. Ahora hay unos cuatro millones de personas en campamentos, y quizás dos millones de muertos (según cifras del FPR). ¿Para qué ha servido esta barbarie?

Y otras muchas sin formular...